

Colegio Mayor del Rosario. Fue algo nuevo, sensacional, revelador de un mundo físico desconocido, al cual recientemente Darío Echandía dio la siguiente magistral explicación, en el prólogo para la obra de Gómez Hoyos:

“Un despertar activo y ardiente de la inteligencia, que alentó unas curiosidades realistas y prácticas, tan amenazantes, por lo menos, para el orden establecido, como las especulaciones de los pensadores del iluminismo. Cuando los hombres adquieren el hábito de reflexionar sobre las realidades sensibles, cuando se acostumbran a ver demostradas experimentalmente las leyes de la ciencia, tienden a creer que la política no tiene por qué ser diferente de la biología o de la medicina, y adquieren la propensión a no admitir misteriosas y recónditas razones de Estado; piensan que tienen derecho a observar críticamente al gobierno, a discutirlo, a reclamar reformas racionales y técnicas, de la misma manera que puede analizar químicamente un cuerpo o comprobar, en el laboratorio, una hipótesis científica”.

Como América se Pobló de Democracias

No debo terminar estas notas a que da lugar necesariamente la sugestiva movilización de ideas de la obra de Gómez Picón, sin hacerme la pregunta de cuál fue la razón para que toda América se poblara de democracias. ¿Fue acaso una simple reacción contra las monarquías de que eran apéndice y hechura? Quizá no, porque trescientos años de tradición, de creencias y costumbres, forman una contextura de hábitos y de instintos lo bastante poderosa para que no se le destruya totalmente en un minuto. Y la religión, el derecho, las instituciones, eran modos reflejos de ser monárquico, expresiones y formas de veneración por el linaje regio. Y recordemos además que toda la gente de calidad de las colonias, tenía entrañado el sentido jerárquico de clase. Así pues, ¿cómo pudo ocurrir la súbita y total democratización del Continente y surgir en un mismo año casi veinte repúblicas? Son estas las cuestiones que ha ido y seguirá dilucidando la magnífica y docente obra de Gómez Picón, probablemente a través de una segunda parte que se ocupe de la historia de las ideas políticas que han movido convulsionalmente a nuestra república posterior, hasta el ensayo de convivencia nacional que estamos viviendo hoy.

ASPECTOS HISTORICOS DEL CATOLICISMO ALEMAN

Por: Camilo de Brigard Silva

La historia del catolicismo en Alemania, a partir de la época de la Reforma, no es muy conocida entre nosotros. Ello se explica porque nuestra formación religiosa y sus fuentes de inspiración, han sido tradicionalmente los países europeos de origen latino, como España, Francia e Italia y porque son muy pocas las obras de referencia alemanas que han sido vertidas al idioma español.

Sin embargo, esta historia bien vale la pena de ser divulgada, porque es justamente en Alemania, en el curso del Siglo XIX, donde se inicia el movimiento social católico, que ha de informar más tarde el apostolado moderno de la Iglesia. Allí nacen las grandes reformas, que asocian su actividad militante a la solución de los problemas obreros, a la adopción de leyes para la defensa de los trabajadores; dé medidas para la protección de las clases más desvalidas de la sociedad y para remediar muchas de las injusticias que el desenvolvimiento capitalista e industrial del siglo pasado había impuesto a las masas proletarias. En realidad de verdad, gracias a la labor tenaz desarrollada por eminentes alemanes, tanto eclesiásticos como laicos, el catolicismo sale del letargo en que había permanecido desde la época de la Reforma, para convertirse en un cuerpo viviente, que inspirado en las inmortales doctrinas cristianas, busca la solución de los problemas creados por los avances de la civilización contemporánea. Por eso no es de extrañar la decisiva influencia que los obispos alemanes tuvieron en el pasado Concilio y en la adopción de las reformas en él aprobadas.

Las deplorables consecuencias que la Reforma tuvo sobre la estructura y disciplina del catolicismo en Alemania, son bien conocidas. Los pontífices, a partir del Siglo XVI, tuvieron que librar una denodada lucha no solo para preservar la fe y la obediencia de las poblaciones católicas que habían caído bajo la dominación protestante, sino aún para imponer su autoridad sobre aquellos príncipes que habían mantenido su fidelidad a Roma.

La extraordinaria división del país en Estados y Ciudades Libres —más de trescientos cincuenta en 1789—; la ambición y codicia de muchos de los soberanos católicos y de los obispos electores, que envidiaban la situación de los Estados protestantes, donde la expoliación de los bienes religiosos había hecho la fortuna de los príncipes renegados, no facilitaba la tarea de la Iglesia. Bastaría recordar que el año de 1785 el episcopado alemán, reunido en Bad Ems, publicó una declaración solemne que constaba de veinticuatro artículos, por medio de la cual se negaba a reconocer el primado del Pontífice romano sobre la Iglesia y reclamaban para el manejo de los negocios eclesiásticos una organización sinodal semejante a aquella que prevalecía en la estructura política del Imperio.

Durante todo el Siglo XVIII la Iglesia tuvo que luchar en Alemania contra el movimiento de infeudación desencadenado por el emperador José II, autor de la famosa teoría: “La Iglesia en el Estado, es decir bajo el Estado”. Los privilegios y concesiones que los reyes de España y Francia habían logrado obtener de la Santa Sede, fomentaban esas aspiraciones. Al ejemplo de los príncipes protestantes, los gobernantes católicos, pretendían ejercer el pontificado en sus propios territorios con independencia de Roma. Intervenir en el manejo de los bienes eclesiásticos; supervigilar la educación de los clérigos, que se convertían en funcionarios oficiales; designar, sin la intervención de Roma, a los obispos y demás altos funcionarios de la Iglesia, en una palabra, como lo señalaba el notable escritor católico Góerres: “reducir la viña del Señor a un dominio del Estado”.

A esta situación, ya de por sí difícil, vino a unirse la aplicación de las teorías racionalistas. La famosa doctrina de “Aufklärung”, de la filosofía de las luces y del despotismo ilustrado de Federico II. El movimiento de la Contra-Reforma, a pesar del vigor y vigilancia que le había sabido imprimir la Compañía de Jesús, resultaba impotente para desarraigar tantos males. La moral y la disciplina eclesiásticas se relajaron, muchos obispos y sacerdotes estaban afiliados a la masonería; la formación teológica era insuficiente y las prácticas religiosas, entre ellas los sacramentos de la confesión y de la comunión, fueron relegados casi al olvido. Un destacado escritor, describe así la situación de la Iglesia alemana al finalizar el Siglo XVIII: “Enriquecida, entorpecida por el mismo peso de sus inmensos principados seculares, minada por el racionalismo, sojuzgada al Estado por el josefinismo (el movimiento iniciado por José II), la Iglesia alemana va a sufrir ahora el asalto formidable de la ola revolucionaria. Saldrá de esta lucha vacilante, golpeada, empobrecida; pero de la amplitud misma de la catástrofe surgirá una renovación de la vida católica, sólo comparable en amplitud y profundidad a la ocurrida en Francia, después de la separación. Si antes de 1789, las formas de la vida política dentro de los Es-

tados católicos se mantenían en el cuadro feudal heredado de la Edad Media o evolucionaban por las nuevas vías del absolutismo, los católicos, a partir de 1815 deben confrontar la realidad democrática y medirse con ella.

Sería difícil y por otra parte ajeno al propósito de este estudio, seguir detalladamente la historia de la situación de la Iglesia en Alemania durante los primeros decenios del Siglo XIX. La división del país en múltiples Estados, sujetos cada uno a legislaciones diferentes, hacía que, al paso que los católicos de la orilla izquierda del Rin, anexada a Francia, se beneficiaran de las garantías del Concordato de 1801, los que estaban bajo la dominación prusiana tenían que soportar las disposiciones de la “Preussische Landrecht” dictadas en 1784, en el apogeo del despotismo ilustrado y en virtud de las cuales todas las materias espirituales de la Iglesia quedaban sometidas a la omnipotencia del Estado; baste recordar el artículo 32 de ese Estatuto que establecía que: “El ejercicio privado y público de la religión por todas las comunidades religiosas está sujeto al control superior del Estado”.

Aún en aquellos territorios gobernados por príncipes católicos, como era el caso del reino de Baviera, ligado a la Santa Sede por un concordato celebrado al año de 1817 e incorporado en su Constitución, surgieron gravísimos problemas debido a la interpretación arbitraria y unilateral que de dicho instrumento pretendió hacer el soberano.

A todas estas dificultades se unieron las creadas por la preponderancia cada día mayor de Prusia dentro del Imperio Germano. Prusia constituía un Estado heterogéneo, que había logrado aumentar paulatinamente su territorio mediante conquistas territoriales o matrimonios dinásticos. Siendo no solo protestante, sino uno de los baluartes de esta confesión en Alemania, era bien explicable que las poblaciones católicas que habían caído bajo su dominación, se vieran sujetas a toda clase de limitaciones en el ejercicio de su religión. Esta situación quedó bien definida en una nota del Ministro de Cultos, barón Altens-tein en que decía: “el Estado prusiano es un Estado protestante que cuenta con una tercera parte de población católica. Se procede correctamente cuando el gobierno se ocupa de la Iglesia protestante con **amor** y de la Iglesia católica, según su **deber**. La Iglesia protestante debe ser favorecida, pero la Iglesia católica no debe ser frustrada...”.

Los estadistas prusianos que trataban de consolidar el Imperio, bajo la dominación de los Hohenzollern, juzgaban que esta empresa no podría llevarse a cabo debidamente, sino mediante la asimilación total de las nuevas provincias adquiridas y estimaban que el catolicismo renano constituía un obstáculo para tal empeño; así su principal propósito fue el de prusificar tales

provincias eliminando, en primer lugar, toda influencia católica. Por esta razón la mayoría de los funcionarios del Estado se reclutaban entre los protestantes prusianos y se pretendió fomentar los matrimonios mixtos, sujetándolos, en oposición a lo dispuesto en el derecho canónico, a una ordenanza real de 1803, en virtud de la cual todos los hijos habidos en dichos matrimonios debían seguir la religión del padre, aun contra la opinión de éste.

Esta ordenanza fue vivamente combatida por las autoridades eclesiásticas y los sacerdotes se negaron a autorizar con su presencia tales uniones, sin embargo, el año de 1834, el gobierno prusiano obtuvo que el arzobispo de Colonia, Conde de Spiegel, consintiera en la celebración de esos matrimonios mixtos anticanónicos, aun cuando gran parte del clero se negó a obedecerle. Esta querrela que continuó envenenándose terminó más tarde con la prisión arbitraria del arzobispo Droste-Vischering, que como adelante se verá tuvo hondas repercusiones sobre el movimiento católico de este país, por lo que vale la pena recordarla.

El arzobispo Spiegel, que con tanta docilidad había aceptado las pretensiones del gobierno de Prusia, murió el año 1835 y fue reemplazado por el barón Clemente-Augusto de Droste-Vischering, hermano del arzobispo de Münster quien había adherido a la convención suscrita por el arzobispo Spiegel. El gobierno prusiano, creyó encontrar en el nuevo prelado un instrumento tan dócil como lo había sido su antecesor, pero hubo de desengañarse bien pronto, porque una de las primeras medidas por él tomadas fue la de desconocer la validez del acuerdo suscrito por Spiegel, que contrariaba claramente las disposiciones del derecho canónico en un punto tan vital para la Iglesia. Además el Sumo Pontífice, en la Bula "Dum acerbissimas" de 26 de Septiembre de 1835 había condenado al teólogo Hermes, profesor de la Universidad de Bonn, en la diócesis de Colonia, por varias desviaciones dogmáticas graves, entre otras la defensa de las tesis oficiales prusianas en materia de matrimonios mixtos.

El arzobispo Droste-Vischering publicó este acto pontifical, sin solicitar previamente el "placet" del gobierno prusiano, lo que desencadenó contra él las iras oficiales y el 20 de Noviembre de 1837, sin fórmula alguna del juicio, el rey lo hizo arrestar enviándolo prisionero a una fortaleza donde se le prohibió el ejercicio de sus funciones pastorales. Este golpe de fuerza, conocido en la historia alemana con el nombre del "incidente de Colonia" despertó la conciencia católica del país y fue el origen del vasto movimiento de renovación religiosa que floreció con tanto vigor durante la segunda mitad del Siglo XIX.

En efecto, según observa muy justamente Monseñor Grosche, desde la Reforma hasta esa época, el catolicismo alemán se había plegado, especialmente en los países protestantes, a la

ley del adversario; a medida que pasaba el tiempo, se refugiaba, más y más en un espiritualismo ético y puritano que, únicamente preocupado por la salud del individuo, se desinteresaba en general del mundo y del orden temporal. El protestantismo por el contrario, después de este "siglo de ortodoxia" se alió, especialmente a partir de la "edad de las luces" al espíritu moderno y por la secularización de los principios de la Reforma, se identificó a ellos. El neo-protestantismo se consideró como su guardián y su garante. Los católicos no tomaron parte alguna en el movimiento clásico de Weimar. La secularización de 1803 destruyó los principados eclesiásticos y suprimió los conventos, que hasta tal época, por lo menos en el Sur de Alemania, mantenían la tradición del Barroco, sin que este florecimiento, en sí importante, ejerciera una influencia de conjunto. El romanticismo no surgió en el seno del catolicismo, si no que vino de afuera; fue una cuestión que en el fondo no obtuvo respuesta o no la podía obtener, porque la Iglesia estaba demasiado debilitada en su propio patrimonio espiritual; por otra parte la teología no se había cuidado desde el Siglo XVI de reconquistar ese patrimonio. El pueblo, sin embargo, se mantenía fiel a la Iglesia. Allí había una oportunidad y el catolicismo alemán del Siglo XIX supo aprovecharla. El "incidente de Colonia" fue la chispa. El gran publicista Joseph Goerres, supo medir toda la importancia de ese "incidente" histórico que le sirvió para desarrollar las tesis que siempre le habían sido tan caras. En su boletín "Athanasius" invitó a los católicos a salir de la inercia y les trazó un vasto programa de acción. Su labor fue tan importante que ha sido considerado como uno de los padres del catolicismo político.

Este movimiento, sin embargo, encontró un terreno preparado por varios eminentes precursores, entre los cuales se destacan, en primera línea: Ludwig Colmar, primer obispo de la diócesis de Maguncia y su colaborador Franz Liebermann, ambos de origen alsaciano.

Ellos comprendieron que el porvenir de la Iglesia católica en Alemania no podía asegurarse, si no dándole un nuevo sentido a su apostolado y ocupándose activamente de los asuntos sociales y que para lograr tales propósitos, en un país dominado por el protestantismo, era absolutamente indispensable intervenir en la vida pública asociando estrechamente a los laicos a su acción y a su apostolado. El apostolado laico como participación directa en las responsabilidades y tareas de la Iglesia, fue la meta de la renovación católica de Alemania.

Para llevar a cabo esta tarea tuvieron la fortuna de encontrar un importante grupo de colaboradores y discípulos, cuyos nombres han quedado ligados a su notable esfuerzo, entre ellos Andreas Ráss y Nikolaus Weiss (posteriormente obispos de Estrasburgo y Espira, respectivamente) que desde las colum-

nas del semanario "Der Katholik" fundado por ellos en 1821, dieron un gran impulso al movimiento.

Al histórico "incidente" de Colonia, sucedió muy pronto un nuevo atentado. Un año más tarde, el arzobispo de Poznan, Martín Duin, fue depuesto de sus funciones y reducido a prisión, por oponerse igualmente a la ley sobre matrimonios mixtos. Estos dos acontecimientos, marcan en aquella época, el apogeo de la persecución religiosa contra los católicos, los cuales por otra parte, quedaban sometidos a todas las medidas vejatorias impuestas por las autoridades prusianas, entre otras las de la censura de prensa, que les impedía defenderse de los violentos ataques públicos que contra ellos lanzaran los protestantes.

Esta persecución no dejó, sin embargo, de producir ciertos efectos saludables, entre otros, la de la unión de todos los católicos, quienes siguiendo los ejemplos de los franceses y de los belgas se prepararon para librar, en unión de los elementos liberales, una recia lucha para conquistar todas las libertades públicas.

Esta situación de la Iglesia mejoró sensiblemente con el advenimiento al trono de Prusia del Rey Federico Guillermo IV, quien se mostró más tolerante y liberal que su antecesor y tuvo favorables consecuencias sobre todo en lo que se refería a las relaciones administrativas entre ésta y el Estado. Se permitió, en primer lugar, a los obispos comunicarse libremente con Roma y la designación de los candidatos para las sedes episcopales vacantes, dejó de ser un simulacro, como había sido hasta entonces, cuando el Rey indicaba un solo nombre, el cual tenía que ser ratificado por el Capítulo. Se dejó en libertad a los arzobispos prisioneros y la censura se ejerció en forma menos rigurosa.

Es claro que, como se indica arriba, la situación de los católicos en otros principados de Alemania ofrecían condiciones diferentes durante esta época, pero su análisis excedería los límites de este estudio. La ciega persecución prusiana obligó a los católicos a aliarse, muchas veces contra su voluntad, con los representantes de las tendencias liberales y la revolución de 1848, marcó una etapa decisiva en la evolución histórica del catolicismo alemán. Analizando esta confusa época, el conocido historiador Joseph Royan, observa, que los católicos alemanes, que durante mucho tiempo habían sido considerados como los mantenedores retrógrados de una religión moribunda; que habían quedado aislados del movimiento general del progreso; eran a la vez despreciados y temidos por los gobiernos protestantes, volterianos y josefinos; sin tener grupos políticos organizados en los países dotados de instituciones parlamentarias; sin representación adecuada en la burocracia de los Estados dominados por el despotismo más o menos ilustrado; sin prensa, sin asociaciones, sin jefes autorizados temporales o espirituales; privados

de todo contacto directo con la Santa Sede y confiados a pastores, cuyas doctrinas no eran siempre seguras, deficientemente informados, los católicos que comenzaban a salir de un largo período de oscuridad, no parecían estar preparados para las experiencias de una aventura revolucionaria. Sin embargo, sin haber tenido en cuenta su calidad de católicos, entre los iniciadores del movimiento iban a figurar, tanto a título de ciudadanos, como de miembros de la Iglesia, entre sus principales beneficiarios. Los prelados y los dirigentes políticos que surgieron a raíz de los acontecimientos revolucionarios hubieran preferido sin duda recibir de las autoridades "legítimas" las libertades, aun cuando ellas aprovecharan a sus adversarios, por lo menos en lo que se refería a aquellos principios que en esa época aparecían a los ojos de los mismos católicos como inseparables de las libertades. Los católicos no podían dejar de aceptarlas, cuando con frecuencia eran otorgadas en forma tan generosa, que años antes no hubieran osado ni soñarlas. Una ambigüedad congenital marca, sin embargo, desde esos primeros días de actividad política a los hombres, a los grupos y a las ideas del catolicismo alemán. Libertados por el liberalismo, solo la hostilidad de los gobiernos los mantenía unidos; beneficiarios de una democracia cuyos fundamentos ellos rechazaban, pero que consideraban como la única vía para libertarse de los principios conservadores o josefinistas contra los cuales tenían que mantener su libertad. Durante toda su existencia el partido del Centro soportó el peso de esa ambigüedad de la cual hizo en muchas ocasiones un presupuesto electoral, que colocaba a los católicos alemanes en una posición política intermedia, oscilando del centro derecho al centro izquierdo, con una preferencia más o menos secreta por la derecha. El partido demócrata-cristiano de la República Federal exhibe aún hoy día esas cualidades y esos defectos que se explican por sus lejanos orígenes.

Este movimiento liberal de 1848 dejó abierto el camino, como antes se dijo, a una actividad cada día más poderosa de la Iglesia y su primera manifestación fue la reunión promovida en mayo de 1848 por el arzobispo de Colonia de todos los pastores de su diócesis, seguida en el mes de noviembre por una conferencia episcopal que se reunió en la ciudad de Würzburg. Desde el año de 1785, fecha de la famosa reunión de Bad Ems que trató de desconocer la supremacía del Soberano Pontífice, no se habían congregado públicamente los obispos de las diócesis alemanas. Pero la reunión de Würzburg tenía fundamentales diferencias con la de Bad Ems, pues en aquella se trató especialmente de reivindicar la autoridad de la Santa Sede contra los abusos y opresiones de los príncipes y gobernantes. Además, por primera vez, se congregaba esta asamblea sin autorización oficial y en ella se elaboró una lista de libertades que se consideraban indispensables para la independencia de la Iglesia y se rechazó la tesis de la separación de la Iglesia y el Estado, que muchos católicos, seducidos por las ideas liberales, habían pa-

trocinado. Por último los obispos reafirmaron con todo vigor la oposición fundamental de la Iglesia al espíritu revolucionario y al radicalismo.

Pero si esta reunión, desde el punto de vista eclesiástico, tenía tanta trascendencia, nuevas actividades en el campo laico buscaban la manera de encauzar su acción. Tales actividades, de carácter especialmente social, se habían manifestado especialmente en las organizaciones rurales que habían surgido en todas partes de Alemania y que difícilmente podían hacer valer su influencia a través de las instituciones netamente eclesiásticas. Fue uno de sus más eminentes patrocinadores, un gran militante católico: Josef Buss, quien por primera vez, en 1837, en el senado de Bade, suscitó la discusión del problema obrero y sus relaciones con la industria naciente.

Josef Buss, de modesto origen, era médico y abogado, que en su juventud había seguido las tendencias del "Aufklärung" y de su concepción liberal de la religión. Fue casualmente el "incidente de Colonia" el que le señaló la ruta de su futura acción política. Conocía a fondo las tendencias sociales modernas francesas y había traducido varios libros. Fue el primero que protestó contra los abusos de los patronos, el trabajo nocturno y propendió porque se elevara el nivel intelectual de los obreros, mediante la organización de cursos en los hogares y en las escuelas. Abogó también por un sistema de seguridad social y por la creación de cajas de seguros para protegerlos contra la enfermedad y el desempleo. Es claro que éstas son hoy instituciones universales, pero en la época en que ellas fueron propuestas por Buss, representaban innovaciones totalmente desconocidas y que no dejaban de producir reacciones poderosas aun dentro de los medios conservadores y católicos. El veía en la "inmoralidad y la irreligión" una de las grandes plagas sociales de su época. No se contentó con ser un teórico, sino que creó con la cooperación de Adolf Kolping y de Alban Stolz, la asociación de "compañeros católicos" tomando como modelo las Conferencias de San Vicente de Paúl, que habían sido organizadas en Francia por Federico Ozanam en 1833.

De este amplio movimiento social de los católicos alemanes surgió la idea de la primera "Jornada Católica" que fue convocada en la ciudad de Maguncia el año de 1848 y cuyo objeto era reunir el mayor número de fieles, para discutir los problemas sociales y políticos de la Iglesia, dentro de una acción laica y señalar las normas más apropiadas de acción. Correspondió la presidencia de la primera de estas memorables reuniones a Josef Buss. En ellas se discutieron, además de los asuntos sociales, los problemas de la libertad de la Iglesia, en todos sus aspectos; la libertad de enseñanza y de educación y la manera de tomar una parte más activa en la "formación intelectual y moral del pueblo y de contribuir en la medida de sus fuerzas a la supresión de las injusticias sociales reinantes".

Sus organizadores con visión extraordinaria supieron prever el impacto que en la vida social, especialmente obrera, causaría la industrialización naciente y con el fin de contrarrestar los efectos que sobre las masas proletarias podrían causar las doctrinas socialistas cuya propagación ya se iniciaba, resolvieron tomar la delantera y señalar los caminos que la Iglesia Católica podría proponer para la solución de las injusticias y desigualdades sociales.

Fue justamente en esta histórica asamblea de Maguncia donde una de las figuras más nobles del movimiento de renovación católica el Abate Ketteler, exaltó esta misión de la Iglesia en un discurso memorable, en que decía: "He aquí una misión que yo quisiera una vez más recomendar a vuestros corazones para un inmediato futuro, la misión de la religión en lo que se refiere a las condiciones sociales. . . Muy pronto se comprobará que la solución final de la cuestión social estará reservada a la Iglesia porque el Estado no posee el vigor suficiente para resolverla".

Wilhelm Emmanuel Ketteler, quien ocupó la silla episcopal de Maguncia, fue uno de los grandes luchadores católicos de su época y uno de los más altos paladines de la libertad de la Iglesia. Originario de una noble familia de Westfalia, hizo sus estudios en las Universidades de Göttingen, Berlín y Heidelberg donde terminó la carrera de derecho. Como tantos otros de sus compañeros, fue el "incidente de Colonia" y la repugnancia que en él suscitó este inicuo atropello, lo que le hizo separarse de la carrera administrativa que había seguido hasta entonces y retornar a su fe original. Resolvió renunciar su puesto y seguir estudios de teología en la Universidad de Munich, donde tuvo ocasión de frecuentar otros católicos eminentes como Góerres, Döllinger y Windischmann. Ordenado sacerdote ocupó el vicariato de Beckum y fue nombrado cura de una pequeña aldea de Westfalia. Aun cuando fue elegido diputado al parlamento de Francfort, la primera asamblea representativa y democrática en la historia de Alemania, no quiso tomar parte en sus deliberaciones y prefirió continuar su apostolado desde el púlpito de la Catedral de Maguncia, donde pronunció una serie de sermones memorables sobre "Los grandes problemas actuales del cristianismo" que le dieron un renombre mundial. Enemigo de la lucha de clases, del marxismo y del liberalismo, propugnó por una solución armoniosa de los problemas sociales que solo podía tener cabida dentro de una legislación inspirada en los trascendentales principios de la caridad cristiana y de respeto de la persona humana y prestó un aporte considerable a la preparación de una legislación social que habría de ser un modelo para su época. Irrevocable partidario de la libertad, sostenía en uno de sus famosos discursos: "La religión nada tiene que temer de la libertad, por el contrario ésta restablecerá a aquélla en su verdadero esplendor. Seguramente la protección humana le será

retirada, la protección del Estado y la de la policía, pero no está allí la garantía que le ha sido prometida. La religión no puede menos de regocijarse de la libertad. Tanta necesidad tiene la religión de la libertad, como ésta de la religión. Si el pueblo no retorna a la religión, no podrá soportar la libertad; sólo la Iglesia, sólo el cristianismo, hacen al hombre apto para disfrutar de su plena libertad”.

En la Jornada Católica de Maguncia se adoptaron una serie de programas y declaraciones que señalaron un rumbo definitivo al movimiento renovador del catolicismo. Entre las declaraciones, merece destacarse la siguiente: “El pueblo católico desea que el libre y autónomo movimiento de la Iglesia quede completamente garantizado en todo lo que se refiere a su doctrina, a la disciplina, a la Constitución, a la posesión segura y a la administración tranquila de los bienes de la Iglesia y de las escuelas, como la verdadera clave de la bóveda del edificio de sus derechos fundamentales”.

Por último se acordaron en esta misma asamblea los fines de la Asociación Católica Alemana, que eran los siguientes: “La Asociación se fija como misión: a) Buscar por los medios legales de que dispone la libertad de la Iglesia y de todos sus derechos; b) Conquistar y asegurar la libertad de la enseñanza y de la educación; c) Actuar en favor de la cultura espiritual y moral del pueblo; d) Contribuir en la medida de sus fuerzas a la supresión de las calamidades y de las miserias sociales; e) Actuar por vías apropiadas para conservar la destinación de las fundaciones católicas para la Iglesia, la escuela y la caridad”.

No sería posible terminar esta información sobre la primera Jornada Católica de Maguncia, sin mencionar a otro católico eminente que tomó parte importante en sus deliberaciones. Se trata de Augusto Reichensperger que fue uno de los grandes oradores de la reunión de 1848. Como a Buss y como a Ketteler, el “incidente de Colonia” lo conmovió. Indiferente hasta aquella época a las cuestiones religiosas, este atropello lo indujo a convertirse en forma definitiva y sincera a la religión católica. A él se debió la fundación del Instituto de San Carlos Borromeo, destinado a la difusión de las buenas lecturas. Su nombre se halla ligado especialmente a la organización de las Conferencias alemanas de San Vicente de Paúl. Su actividad parlamentaria en favor de la Iglesia Católica y en defensa de sus derechos fue infatigable e intervino en la fundación del partido del “Centro”, el más importante partido católico alemán, que debía perdurar hasta el advenimiento del nazismo.

La repercusión de esta primera Jornada Católica de 1848, fue tan importante, que dichas reuniones continuaron sucediéndose anualmente, casi sin interrupción, hasta su supresión por los nazis.

Los dirigentes católicos comprendieron bien pronto, que ni las libertades de la Iglesia podían ser defendidas, ni sus iniciativas sociales realizadas, si no contaban con un órgano político con influencia suficiente para hacer oír su voz en las dietas y parlamentos de los diversos Estados, fue así como se organizó en 1852 la fracción católica del Parlamento Prusiano que posteriormente fue conocida con el nombre de “ZENTRUM”.

Este partido, sin embargo, no vino a adquirir su verdadera importancia política, sino a partir del año de 1870, en que realizada la unificación del Imperio Alemán, después de la derrota de Francia, el Canciller Bismarck, desencadenó una persecución contra el catolicismo, que debía pasar a la historia con el célebre nombre del “Kulturkampf”. Esta lucha, contra los pretendidos “enemigos del Reich”, empujó a las masas católicas a una resistencia desesperada y creó, especialmente en las regiones católicas, una profunda hostilidad contra Prusia y contra el nuevo Reich. Tal lucha no vino a terminarse definitivamente, sino veinte años después, en 1890, con la derrota del gobierno, fecha en que se abre una nueva etapa en la historia del catolicismo alemán.

Durante esta época, la Iglesia que había gozado de relativas garantías durante el reinado de Federico Guillermo IV, vio de nuevo amenazada su libertad con la adopción de una serie de medidas legislativas que autorizaban la intervención del Estado en todas las materias relativas a la organización de la Iglesia, y trataban de establecer la autonomía del bajo clero y limitar los poderes del episcopado.

El partido católico encuentra en tales momentos un jefe político excepcional: Windthorst, que con enorme talento y astucia, sin enfrentarse nunca en forma definitiva a Bismarck, ni dejarse llevar a actos de oposición revolucionarios, realiza la absoluta unidad del pueblo católico y defiende en todo momento la libertad de conciencia y la fidelidad a la Constitución.

No obstante la encarnizada lucha que sostienen los católicos por defender los fueros de la Iglesia, las vastas concepciones sociales que habían tenido su origen en las doctrinas de Ketteler, van abriéndose paso, poco a poco, en el parlamento contra la oposición y resistencia de los conservadores y del grupo liberal, que por aquella época rechazaba toda intervención del Estado en las cuestiones económicas o sociales. El año de 1877, el Conde Ferdinand von Galen presentó al Parlamento un proyecto de resolución que solicitaba del gobierno la elaboración de una legislación protectora de la vida religiosa y moral de los obreros industriales, instituyendo el reposo dominical; la prohibición de emplear en la industria niños menores de catorce años, la protección del trabajo de las mujeres; la creación de tribunales de arbitraje con representación obrera; la responsa-

bilidad de los patronos en casos de accidentes de trabajo. Es claro que dentro del Estado contemporáneo y a la luz de la actual legislación social, las iniciativas del Conde von Galen no tienen nada de revolucionarias, pero propuestas hace ya casi un siglo, no podían menos de excitar las iras de los liberales, que las juzgaban como “una provocación grave al gobierno y un ataque contra la política económica del Reich”.

No sin dificultad, algunas de estas importantes iniciativas lograron abrirse un camino en los medios parlamentarios. Bismarck, temeroso de los avances del socialismo, patrocinó algunas leyes sobre el seguro contra la enfermedad, pero su concepto sobre la legislación social partía de un concepto totalmente diferente del que inspiraba a los dirigentes católicos: “La satisfacción de los desheredados, decía él, en un discurso ante el Reichstag, no lo compramos demasiado caro, aún si pagamos una fuerte suma... se trata de una buena inversión de nuestro dinero; evitamos así una revolución, que de estallar, nos obligaría a hacer gastos mucho más cuantiosos”.

Contrasta esta opinión con la del Barón Hertling uno de los adalides católicos de la época, que decía en 1885: “Al pronunciarnos favorablemente sobre las reformas sociales, no las hemos considerado como gracias que queremos dispensar, si no como derechos que debemos respetar”.

Las Jornadas Católicas que se desarrollaron durante los años críticos del “Kulturkampf”, no podían, como era natural, permanecer indiferentes ante las persecuciones de que era víctima la iglesia. En la celebrada en Friburgo en 1875, se elevó la voz respetable de Ketteler para protestar con toda energía contra las medidas que suprimían su libertad y colocaban bajo la jurisdicción del Estado sus asuntos internos; contra la supresión de las comunidades religiosas y la ruptura de relaciones con el Vaticano. En una de las resoluciones aprobadas en esa asamblea, se decía: “La Iglesia es un reino perfecto, al cual Dios ha acordado su propio estatuto en materia de enseñanza, de consagración y de jurisdicción. En virtud del derecho divino y natural, no depende ella del Estado para llevar a cabo su misión y debe gozar de la más absoluta libertad en las cuestiones que le conciernen. Hay violación del orden divino y de los derechos de la Iglesia, cuando el poder político decide sobre los asuntos relativos a la formación, designación y destitución del personal eclesiástico, así como sobre su estatuto jurídico”.

Otra eminente figura del movimiento social de aquella época fue el abate Franz Hitze, que representó durante muchos años la tendencia más avanzada del movimiento católico. Profesor universitario y fundador de numerosas asociaciones católicas, publicó en 1881 su importante obra: “Kapital und Arbeit”, en la cual afirmaba que: “solo una obra legislativa amplia y pro-

funda, solo la mano omnipotente del Estado, podría restablecer el orden en la vida social y que a medida que la evolución progresa, el Estado debe incluir en el dominio del Derecho sectores más y más numerosos, dejados antes a la iniciativa privada”. Realmente fue él el precursor del socialismo cristiano, porque consideró que: “había que abandonar el movimiento de restauración católica en cuanto a su sistema caritativo y pastoral de tratar la cuestión social e introducir la reforma social”.

Sus actuaciones en las Jornadas Católicas de Francfort en 1882, de Breslau en 1886, de Bochum en 1889, dejaron una profunda huella y marcaron nuevas e importantes vías al desarrollo de la futura acción católica en Alemania. Sucesor y heredero de Ketteler, sus ideas fueron sin embargo mucho más avanzadas que las de su maestro, que se mantuvo siempre dentro de los límites de un moderado conservatismo. Su gran obra social la desarrolló principalmente en la asociación “Arbeiterwohl” que había sido fundada el año de 1880 por el industrial renano Franz Brandts y que según el programa expuesto en las Jornadas Católicas de Francfort en 1882, era: “Una asociación de industriales católicos y de amigos de los obreros que se comprometían a procurar la elevación del nivel económico y moral de la clase obrera y especialmente a dar a la industria y a sus relaciones entre los patronos y los asalariados bases cristianas y a penetrarlas del espíritu de caridad cristiana”.

El nombre de Hitze se encuentra también entre el de los iniciadores y fundadores del sindicalismo cristiano. Las asociaciones sindicales miradas en sus comienzos con recelo y sospecha por numerosos dirigentes católicos, tuvieron que vencer numerosas resistencias antes de obtener su definitiva aceptación, pero gracias a la acción persistente de este gran reformador social, en la Jornada Católica de Amberg, el año de 1884, fue adoptada por unanimidad, una moción sobre la creación de asociaciones obreras dotadas de una organización confesional.

La tarea del abate Hitze fue larga y fecunda, pues aún un año antes de su muerte acaecida en 1921, a la edad de setenta años, había aceptado un mandato de diputado en el parlamento. Pensaba él que: “en esos tiempos turbios y de agitaciones, que sucedieron a la primera guerra mundial, debía emplear hasta sus últimas fuerzas al servicio de la Iglesia y de la patria”.

La lucha encarnizada del partido del “Centro” bajo la experta dirección de Windthorst y la hostilidad unánime y cada día en aumento de los católicos alemanes contra la política religiosa de Bismarck, convencieron a éste que debía buscar un arreglo con la Iglesia y poner término al “Kulturkampf”. Esta nueva acción fue facilitada por la ascensión a la Silla Pontificia del eminente Pontífice León XIII, quien mostró desde el primer momento una mejor comprensión y conocimiento de las cuestiones alemanas, que su antecesor Pío IX.

El catolicismo alemán y especialmente el partido del "Centro" durante esta larga época de luchas y de resistencia había tenido que vencer, no solamente la hostilidad del gobierno imperial, sino desvanecer las sospechas y desconfianzas que sus actuaciones en ciertos casos inspiraban a la misma Santa Sede. Uno de los más deplorables efectos del "Kulturkampf" fue el de mantener vacantes durante largos años la mayoría de las sedes episcopales de Alemania y aun numerosas parroquias sin provisión. El gobierno de Roma no podía así obtener informaciones directas y fidedignas sobre los acontecimientos que se desarrollaban en el país, lo cual se agravaba con la censura impuesta por Bismarck, especialmente en relación con la prensa. Las frecuentes alianzas del partido católico con los elementos liberales del Parlamento, a quienes con razón se consideraban como enemigos de la iglesia, servían igualmente para sembrar la confusión. Por último, para aquella época, las avanzadas doctrinas sociales de muchos de los más eminentes representantes del catolicismo, entre los cuales se contaban numerosos eclesiásticos, sorprendían y escandalizaban a los medios conservadores romanos.

El partido del Centro que sostenía como doctrina invariable la sumisión al Sumo Pontífice en todo punto de doctrina, reclamaba para sí cierta libertad e independencia en el manejo de los asuntos estrictamente políticos.

Esta situación, un tanto ambigua, tampoco podía ser comprendida por Bismarck, pues al paso que una de las bases de su lucha contra el catolicismo, era la de suprimir la dependencia de los fieles hacia el Sumo Pontífice y crear una Iglesia independiente alemana, cuando en sus negociaciones con la Santa Sede lograba obtener de Roma alguna concesión, se mostraba escandalizado de la resistencia que los católicos o sus dirigentes oponían a las directivas del Vaticano.

En las elecciones de 1881, el partido del Centro obtuvo un gran triunfo electoral, pues logró elegir ciento nueve diputados, que contra ciento diez y siete conservadores y ciento quince liberales de izquierda, lo convirtieron en el árbitro del Parlamento. Bismarck comprendió claramente que no podría obtener la aprobación de ciertas leyes en las cuales el gobierno estaba vivamente interesado, como la autorización de los créditos militares, sin contar con los votos de los católicos y que este apoyo sólo podría ser obtenido poniendo término a la lucha contra la Iglesia. Presentó así a la Dieta Prusiana una serie de proyectos para enmendar la legislación anticatólica; restableció en sus sedes a los obispos de Limbourg y de Münster que habían sido desposeído de ellas y los bienes secuestrados de todos los obispos fueron devueltos a sus titulares.

En el transcurso de los años siguientes se consolidó la paz religiosa. Las relaciones entre el gobierno imperial y la Santa

Sede no sólo se restablecieron, si no que llegaron a ser en extremo cordiales, hasta tal punto que Bismarck fue el primer protestante que recibió del Sumo Pontífice la condecoración de la Orden de Cristo, una de las más altas distinciones de la Iglesia.

Aun cuando terminada así la fase activa de la política del "Kulturkampf", subsistieron en la legislación medidas discriminatorias contra la Iglesia católica, que la colocará aun durante muchos decenios en una posición de subordinación política en Alemania, ellas a la interdicción de la Compañía de Jesús, que solo fue levantada en el año de 1918, después de la caída del Imperio.

Estos años de luchas e incertidumbres fueron, sin embargo, los más fértiles en realizaciones sociales del catolicismo. Muchas de las organizaciones que hoy aún subsisten fueron iniciadas durante esa época fecunda. Ya se ha mencionado aquí el nombre de Adolfo Kolping, fundador de la "Asociación de compañeros", cuyo objeto principal era la de prestar ayuda moral y material al gremio de artesanos, agrupándolos dentro de lo que él consideraba como una organización familiar, dirigida por un sacerdote con verdadera solicitud paternal. En efecto para Kolping la familia era el "santuario de una existencia social viva y orgánica". La idea de esta fundación social fue expuesta por su autor por primera vez en las Jornadas Católicas de Colonia en 1849 y desarrollada posteriormente en el "Katholikentag" de Münster en 1852. Su propósito era fundar hogares o centros de amparo, para los artesanos que no tenían familia, donde ellos encontrarán una acogida correcta, cordial y humana.

Algunos años después fundó en Colonia la casa directora de esta asociación, que ya el año de su muerte, en 1865, contaba con más de 420 hogares, que agrupaban 60.000 miembros. Tan importante asociación ha subsistido hasta nuestros días.

Al lado de esta importante fundación artesanal y obrera, el Barón von Scholermer-Alts, fundó en Westfalia, en 1871, la primera asociación campesina, cuyo programa fue expuesto en las Jornadas Católicas de Aquisgrán en 1879. Su objeto primordial fue el de prestar ayuda a los trabajadores del campo, cuya situación miserable había despertado el interés y la conmiseración de este noble católico alemán. Tal asociación debería más tarde transformarse en la hoy poderosa "Unión de las asociaciones de campesinos alemanes cristianos".

Si las clases obreras y campesinas habían encontrado sus protectores en las importantes personalidades de Kolping y del Barón von Scholermer-Alts, Carl Sonnenschein, ilustre sacerdote nacido en 1876, se convierte en el apóstol de los gremios de estudiantes. Ejerciendo un apostolado ejemplar y múltiple, especialmente en Berlín, a su iniciativa se debe la fundación de la

“Universidad Popular”, del “Círculo de Artistas Católicos” y del “Círculo de estudios radiofónicos de los católicos berlineses”. Fueron también creaciones suyas la “Sala de lecturas Universitarias” y la “Oficina General del Trabajo”.

El propósito de Sonnenschein era despertar entre los estudiantes su conciencia de clase, facilitar su integración en la vida universitaria. “La Universidad, decía él, debe ser su patria y el medio estudiantil, la categoría social dentro de la cual deben vivir y trabajar de manera orgánica. De allí el interés que representa la extensión de las universidades, el desarrollo de la cultura universitaria, los comités de estudiantes, los alojamientos de estudiantes, las salas de clase, las cajas de seguro contra enfermedades, la reforma de las becas, la jurisdicción estudiantil, las reuniones de estudiantes, la organización de la vida espiritual del estudiante. Educar al pueblo para ocupar su puesto y ejercer una influencia moral en la comunidad cultural de los pueblos”.

Carl Sonnenschein tomó siempre una participación activa en las Jornadas Católicas, expuso allí sus planes, solicitó cooperación para sus obras, trató de despertar las conciencias sobre las miserias de su época.

Las “Jornadas Católicas” que habían afrontado las luchas del “Kulturkampf” y tantos años de incertidumbre y de resistencia, no pudieron, como era natural, sobrevivir durante la dominación nazi. El nuevo credo que juzgaba el cristianismo como “una religión de esclavos y de cretinos”, mal podía tolerar esas asambleas, donde casi durante un siglo, se había elevado la voz de muchos de los hombres más eminentes de Alemania, para defender la dignidad humana, reclamar la libertad de la Iglesia, la intangibilidad de sus derechos y donde muchas de las más nobles instituciones de ayuda social de caridad y de misericordia para con el prójimo, habían tenido su origen.

En la última Jornada Católica, tolerada bajo la tiranía nazi, que tuvo lugar en Berlín, el año de 1934, se habían levantado las más vivas protestas contra los atropellos y crímenes del régimen y especialmente contra la persecución racista. Muchos de los católicos que con valor singular habían denunciado las atrocidades hitlerianas, tuvieron que pagar más tarde con su vida la defensa de sus convicciones. Bastaría citar aquí el nombre de Erich Klausener, presidente de la Acción Católica de Berlín, asesinado alevosamente en 1934, por un destacamento de SS y Bernhard Letterhaus, notable pedagogo y diputado católico, condenado a muerte por haber participado en el atentado contra Hitler en 1944.

Inmediatamente después de la guerra, los católicos alemanes se apresuraron a reanudar la tradición de sus históricas jor-

nadas. Entre ellas tuvo brillo especial, la celebrada en Maguncia, el año de 1948, para festejar el centenario de las Jornadas Católicas. El Soberano Pontífice Pío XII, envió en aquella ocasión a sus dirigentes un mensaje emocionado, en que decía: “Estos cien años han presenciado vuestras luchas, largas y frecuentemente agitadas, por la libertad de la Iglesia y la igualdad de los derechos de los católicos en la vida pública. Han sido cien años de un trabajo de organización en extremo fecundo. Un siglo de esfuerzos incansables para suprimir la miseria social, en medio de conflictos morales como creaciones vivientes y fecundas. En este dominio habéis dado un ejemplo que estimulará numerosos católicos. Han sido cien años de realizaciones grandiosas en materias de ciencia y de cultura, de escuela y de educación. Fueron también cien años de penosas luchas para millones de católicos que en su propio país vivieron perseguidos y cien años de trabajo de apostolado generoso y valiente”.

La Jornada Católica de Colonia, la 77ª de estas memorables reuniones, fue organizada bajo el lema de “La Iglesia, el signo de Dios entre los hombres” (Die Kirche, das Zeichen Gottes unter den Völkern). Los temas debatidos fueron objeto de una minuciosa preparación y de intenso trabajo en los círculos de estudios del Comité Central de los católicos alemanes, círculos divididos en 12 secciones, que comprendía cada una de 80 a 150 miembros.

El tema principal: “La Iglesia, el signo de Dios entre los hombres” fue expuesto magistralmente por el Decano de Colonia, Monseñor Grosche.

Este mismo tema fue desarrollado y ampliado en exposiciones posteriores, estudiado desde tres puntos de vista: el saber donde la Iglesia es hoy día visible y cómo, dentro de una perspectiva moderna, aparece como signo de Dios en medio de los pueblos; la Iglesia como signo de Dios que incluye en sí decisión y juicio y con el cual el mundo está en contradicción; la Iglesia como fuerza divina en nuestra debilidad, es decir la Iglesia como un don de Dios que reclama siempre la cooperación del hombre.

Cada uno de estos temas principales fue tratado bajo un triple aspecto: dogmático, pastoral y misionario.

Pero siguiendo su antigua tradición de acción social, el “Katholikentag” de Colonia, no se limitó a meras discusiones teóricas, si no que fue aprovechado para anunciar que mediante la contribución de los católicos que habían asistido a la reunión, se había financiado la construcción de una vasta ciudad, hoy ya edificada, que comprende 650 apartamentos: 350 para familias numerosas, 150 para familias de evacuados y 150 para expulsados y familias que hayan cambiado de diócesis.



A la sesión de clausura de las "Jornadas Católicas de Colonia", S. S. Pío XII envió un mensaje que terminaba así: "Los destinos humanos están hoy día, en el mundo entero, entrelazados los unos con los otros como jamás antes lo estuvieron. Los peligros serán tanto más grandes si los hombres, tan diversos desde el punto de vista racial, cultural, histórico y en materia de intereses, especialmente económicos, se tratan como enemigos. Los católicos dispersos en el mundo entero, pueden por su unidad en la fe y en la Iglesia, convertirse en una fuerza poderosa para forjar la paz, especialmente la paz social. Pero para ello es necesario que actúe y viva la conciencia de que pertenecen a una misma comunidad. Mantened entre vosotros esa conciencia. Porque al mundo, que por sí mismo es incapaz de procurar la paz, Cristo le dará el dón de su paz, pero será a través de vosotros y no sin vuestra colaboración".

Desde la "Jornada Católica de Colonia", hasta el "Katholikentag" de Bamberg, reunido el año pasado, muchos y grandes cambios se han efectuado en el seno de la Iglesia, como corolario de las decisiones aprobadas en el Concilio. Es apenas natural que la Iglesia Católica en Alemania haya seguido esa evolución, que no sería posible resumirla, dada su importancia, en este ya largo estudio. En un artículo posterior me prometo dar una información sobre estas materias que serán sin duda de interés para los católicos colombianos.

SICILIA, LA MAGNA GRECIA Y SU MARAVILLOSA CULTURA

Marmore Sicanio struxi tibi, Delphice, templum et levibus
calamis candida verba dedi.

Por: Julián Motta Salas

(Titi Petronii Arbitri, Carmina).

Es Sicilia una gran isla separada de la península italiana por el estrecho de Mesina. Fue la vieja **Trinacria**, de la Odiesa, voz que procede de **thrinax**, tridente, y así es Trinacria una palabra poética que le dio nombre a la isla. Situada en el centro del mar Mediterráneo estaba llamada a ser el centro de reunión de los colonos del Levante y del Occidente, tanto como de los Italia y Africa, por lo cual tuvo gran importancia en la historia del mundo. Ya en tiempos prehistóricos apareció ocupada principalmente por dos pueblos que se llamaban los Sicanos y los Sicelios, pobladores del occidente y el oriente de la isla, y fueron probablemente inmigrantes de la Italia peninsular. Tenían también los fenicios colonias desde tiempos primitivos en la costa siciliana, y mantuvieron tres de ellas que se llamaron Palermo (Panormo), Solus y Motya, en la costa noroeste, e igualmente otras en los siglos VIII y VII antes de Jesucristo.

Mas ¿quiénes fueron los primeros pobladores y exploradores de la tierra siciliana? Quizá los calcidenses de la Eubea que, guiados por Tules y bajo las banderas del dios **condotiero** Apolo, fundaron a los pies del Etna, entre las rocas de lava del cabo Schiso, a Naxos y pocos años después, probablemente el año 734 antes de Cristo, según unos, y según otros entre los años 729 y 728 y con el fin de asentarse dominantes en la llanura, a Leontini, a Catania, a Corcira, en griego Kóqxupa y Corcyrá en latín, de la cual fueron arrojados por los corintios, y a la par de los eolios de Cyma, en una época más antigua, la más distante avanzada de la civilización griega en Italia, a Cumas, donde estaba la Sibila que consultó Virgilio, aquel "**antrum immane**", según las palabras del gran poeta latino, autor de la Eneida, precisamente ubicado en el promontorio o cabo de la bahía de Nápoles, en la Campania, destinado a ser adelante una ciudad griega. Desde allá ejercieron los griegos una influencia civilizadora en los vecinos pueblos italianos introduciendo quizá el alfabeto griego y el conocimiento de la religión de Grecia antigua. Así llegó a ser Cumas un importante centro industrial no solamente para los habitantes de la península italiana, sino para los mismos bárbaros transalpinos. Y eubeos, juntamente con jonios de Naxos, fueron los que antes se establecieron en Sicilia sobre una pequeña lengua de tierra, de asiento de lava, que se introducía al mar hacia el lado noreste del Etna. Entraron luego otras colonias eubeas a la costa oriental de Sicilia, que fueron las fundadoras de Zancle. Esas colonias se establecieron probablemente en el siglo VIII antes de nuestra Era. Fundaron también a Reggio, en lo que antes era el Bruttium. Aquella co-